

LETRAS

SEGUNDO ADÁN

«Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban».

Génesis II-25

«Y fueron abiertos los ojos de entrambos, y conocieron que estaban desnudos».

Génesis III-7

Años y quizás generaciones habían transcurrido desde que Eva y Adán se sintieron desnudos. A partir de aquel momento, la flamígera y nunca quieta espada guarda la entrada al paraíso, el sudor de los hombres se mezcla con la tierra, y las mujeres anuncian con su dolor la llegada al mundo de cada ser. También, desde entonces, los hombres se cubrieron con pieles y tardan en poder contemplar sin sudor su propio cuerpo.

Y aconteció que a Roth, descendiente de los primeros padres por línea de Enós y de Cainán, le hicieron llegar la noticia de que un pastor de los ganados que hay más allá de los encinares, abandonaba el soñoliento pelotón de ovejas para llegar hasta la choza de Roth, cuando él la dejaba por acudir en vigilancia de los sembrados de lo hondo del valle.

Un amanecer, dejándose conducir por la astucia que le dictaban la curiosidad y la sed de venganza, tras abandonar el tibio lecho de pieles y caminar pensativo cerca de la cumbre del monte, dió la vuelta y tornó a su vivienda, sigiloso y elástico como un zorro. Durante algún tiempo rondó sin atreverse a penetrar, y sentado al abrigo de unos matorrales llegó a pensar en lo absurdo de su acto. Nada, apenas nada más que un encuentro fortuito o una palabra cruzada en el camino podían fundamentar las palabras llegadas hasta su oído con el caminar reptante de la inducción al primer pecado. El rayo de sol casi incoloro que anunciaba el fin de la gris madrugada le dió ánimos para irrumpir en la morada. Pero cuando iba a hacerlo, al saltar la cerca de pedruscos que contorneaba la choza, una sombra se escurrió entre los espinos y la niebla prendida en los guijarros como vedija de lana. Comprendió la cobardía de la huída, y pudo llegar, erguido de cuerpo, pero con

la frente doblegándose hacia la tierra, hasta el lecho. Su mujer, Alora, dormía tan pesadamente que no podía advertir lo que sucedía en torno a su cuerpo. Sombras rojizas de odio y de muerte cruzaron la mente de Roth, pero las descubiertas carnes de su compañera las disiparon con su tono auroral luciendo entre las pieles, como el sol de aquella hora sobre la tierra del monte.

Mirándolas, se sintió invadido por una terrible vergüenza, mucho mayor que si se viese desnudo a sí mismo, vergüenza que no había sentido nunca al contemplar con cariño aquella vida que le pertenecía. Y era tan grande y tan intensa la sensación que le brotaba de lo profundo del cuerpo, como un asco que tuviese por origen su propia existencia, que tomándolo con cuidado unas pieles la cubrió con ellas.

No sé si será o no maldición divina, pero desde entonces, muchos hombres han sentido vergüenza del desnudo ajeno.

JORGE CAMPOS

SEGUNDO ADÁN



IDEARIO EXTREMEÑO

«Aunque Dios me dé todo lo que tiene, si me niega la caridad, a sí mismo se me niega».

FRAY JUAN DE LOS ANGELES.

«¿Cuál hombre tan bien sirvió que de ingratitud no cuente?»

LUIS MIRANDA.

«¿A quién se le ha ocurrido decir que por no hacer sacrificios enormes conviene morir? Esto sería lo sublime de lo absurdo».

DONOSO CORTÉS.

MELIBEA

(Fantasia amorosa)

Por RAMIRO GUTIÉRREZ SUITINO

I

César es alto, rubio, de fisonomía vulgar. Pero su frente alta y despejada, que parece llevar el surco misterioso del pesar y la inteligente luminosidad de sus ojos glaucos, engastados en morados semicírculos, le hacen interesante.

Se halla leyendo placiblemente en la biblioteca del viejo caserón un libro de amores: «La Celestina», de Rojas.

La biblioteca es un vasto recinto que huele a moho, a pasado, con vigas de añosa pintura y una faja de escudos nobiliarios que corre en lo alto de sus cuatro paredes luciendo tinte de gules y sinople.

Afuera, la lluvia recia lo asaetea todo con rumor sordo, inacabable.

De cuando en cuando, el livor de un relámpago ilumina la noche con luz espectral y el tableteo apocalíptico, titánico, de las descargas eléctricas anonada la queja somnifera del agua.

A César le produce la tormenta una hiperestesia exquisita, deliciosa. Y busca la soledad, el mundo del ensueño para fruir idealmente, hondamente, por virtud de este raro hechizo de este diabólico beneficio...

Ve, pues, talmente, vivir a los personajes de la obra.

A Melibea, hermosa y sensual; a Calixto, místico y enamorado; pero sobre todo a Celestina, que como vaho de las letras surge del libro y habla con su penetrante prestigio y con su sabiduría profundamente humana.

«Y sabe, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera que es forzoso al hombre amar a la mujer y la mujer al hombre».

Y luego: «Pues tu dicha buena quiera, aquí está quien te la dará».

A Calixto, Melibea; a Sempronio, Elicia; a Parmeno, Areusa...

En la estancia inmensa algunos solitarios códices amarillos, sobre los anaqueles, parecen pequeños asistentes, silenciosos y expectantes, y las frases toman vibraciones de vida a cada trueno, infiltrando su maléfico poder en la carne y en el alma.

El libro lo encontró, inesperadamente, tras la ringlera de tomos de una enciclopedia francesa.

¿Quién lo puso allí?

¿Por qué lo halló en aquella noche de conjuros?

Si fuera embrujo, hechicería... La imaginación de César llora por maravillas. ¿Por qué no serían posibles las bellas consejas de agüeros, de princesas, de ermitaños, de aparecidos...?

Al volver la página, algo que sirvió sin duda de registro cae suavemente a sus pies. Se baja y lo recoge. Es el retrato de una linda joven morena, de cejas finas y alzadas, nariz mediana, boca pequeña de labios grosezuelos.

La ilusión apunta: ¿No puede ser Melibea esta joven rozagante y bella?

Y los regatuelos azules de todo su cuerpo le cantan: ¡Es ella, sin duda, la propia Melibea!

César se ha puesto pálido, no de miedo ni temor, sino de emoción, de